

Autobiografía

Cuando sólo tenía siete años, tuve que ir a vivir a Asturias porque a mi padre lo trasladaron allí por motivos de trabajo. Cuando me enteré me puse muy triste ya que además de dejar la ciudad de Cádiz, donde he nacido, también dejaría a mis amigos.

Pocos días después preparamos todo el equipaje y nos despedimos de la familia, aunque en vacaciones volveríamos a verla. En la estación de Sevilla, mientras esperábamos el tren, vi a un vagabundo que llevaba de la mano a un niño con la cara de sapo que tendría más o menos mi edad. Yo le pregunté a mi madre cómo que un niño puede estar durmiendo con un vagabundo en un banco lleno de cáscaras de pipas, y mi madre me explicó que hay personas que no se dan cuenta de las cosas y que tienen a los hijos para después no poder cuidarlos.

Justo después llegó el tren y nos fuimos; yo derramé un pétalo de una flor que había cogido y entonces me cuenta de que algún día volvería a mi ciudad.

Pasaron los años y yo fui creciendo, a la vez que aprendía muchas cosas y ganaba amigos. Un año, cuando estaba en primero de Bachillerato, mis amigos y yo decidimos por vacaciones ir a Cádiz.

Cuando bajábamos en la estación de Sevilla para enlazar con el tren de Cádiz, me sorprendí mucho porque creí reconocer a aquel niño con cara de sapo que vi con su padre antes de marcharme a Asturias, sólo que esta vez era un muchacho de mi edad más o menos, peleándose con una anciana.

Me di cuenta de que en el fondo nada había cambiado. Aquel muchacho era tal y como lo había imaginado en mis recuerdos del niño vagabundo.

En fin, las vueltas que da el mundo y lo pequeño que puede llegar a ser.